



más formidable, en tales términos, que Homero no tiene bastantes alabanzas para su magnífica ciudad.

De repente resonó una gran nueva en la Grecia. Los poderosos atridas llamaron á las armas á todos los hijos de la Helenia; Alejandro París, hijo de Priamo, rey de Troya, violó la más santa de las virtudes del antiguo mundo, la hospitalidad; robó la esposa de Menelao, hija de Tindaro. Un grito de venganza sonó en el palacio de Esparta; esta es una guerra de exterminio, de pillaje, de venganza; es el Occidente contra el Oriente, helenos contra pelasgos.

Los antiguos instintos, las viejas animosidades resucitan. Cincuenta y siete Estados se levantan, 1186 naves, más de cien mil hombres se apresuran á embarcarse en el puerto de Aulida en Beocia. La sangre de una virgen real, Ifigenia, hija de Agamemnon, sacrificada por éste, consagra la expedición, y parten. Pero los destinos se balancean, y diez años de peligros, de combates, fatigan al ejército helénico, y siempre los troyanos desde lo alto de sus muros rechazan sobre la costa á los griegos destrózos.

El Asia entera estaba conmovida en esta contienda; toda la tierra pelásgica había enviado á las murallas de la ciudad reina sus soldados y sus tesoros; los «hijos de la aurora» también, los príncipes de Babel se habían asociado á esta lucha de los dos mundos, y frecuentemente el valeroso Hector llevó el hierro y el fuego en medio de las naves enemigas. Todo huía ante él, porque el fogoso Aquiles estaba encerrado en su tienda, llorando sus afrentas. Muchos héroes habían perecido; el hijo de Priamo, el hijo de Peleo, sucumben uno en pos de otro. Fué necesario la traición, la perfidia y el famoso caballo de madera, para entrar los griegos en la plaza.

Entonces tiene lugar una horrible carnicería y un vasto incendio; en la embriaguez de la victoria, y á favor de la noche, los griegos dan rienda suelta á su furor, acumulado durante diez años. Se bañan en la sangre de las vícti-

mas, roban, saquean, incendian la ciudad entera.

Todos los hijos de Priamo son degollados; aun el anciano que la cólera de Aquiles había respetado, es asesinado al pié de los altares. Hartos de botín y saciados de matanza, los vencedores arrojan hácia sus naves ejércitos de esclavos, y se vuelven á poner en marcha (1270) (1).

Pero toda esta sangre vertida recayó sobre su cabeza. La cólera del cielo les persiguió en el mar; la tempestad destruyó su rumbo, ó si llegan á volver á poseer sus reinos, es para ser asesinados por mujeres adúlteras y príncipes usurpadores, ó para ser arrojados por sus pueblos; en tales términos, que de todos los vencedores del Asia, los más felices son los que pudieron arribar á alguna desconocida playa de Italia, de la Sicilia.

La destrucción de los pelasgos estaba, sin embargo, consumada; los descendientes de Asaraco, hermano de Ilo, permanecieron todavía algun tiempo en Asia y formaron al pié del Ida un pequeño reino, que subsistió durante algunos años. Pero su poder murió para siempre.

El gran acontecimiento de la guerra de Troya, cantado por los dos más grandes poetas de la antigüedad, es, pues, uno de los hechos capitales de esta época. La Grecia y el Asia se reúnen como en un centro; este hecho es el límite entre los tiempos heroicos, es la última agonía de los infortunados habitantes del Occidente.

Colocado en la cumbre del monte Ida, Júpiter había arrojado en la balanza los destinos de las dos razas; el plato de los pelasgos se había encontrado el más ligero; la nación agonizante se arroja al mar, y va como sus vencedores á buscar en Italia un refugio; ella hará renacer allí una nueva raza que exigirá venganza en lo porvenir.

(1) Tal es la narración de los griegos Homero, Herodoto y todos los que les siguieron. No ignoramos que los asiáticos han reclamado contra esta pretensión y se han apoyado en las palabras de Helánico, historiador anterior á Herodoto, y en las tradiciones del país. Véanse las autoridades en sentido contrario, y especialmente á Dion Crisóstomo, *De Excidio Trojæ*; á Vico, *Connop-Thirlwall*, etc.

## CAPÍTULO VIII

Invasión dórica.—Esparta y Atenas.—Lidia.—Consecuencias de la guerra de Troya.—Invasión dórica.—La Grecia Central.—Efectos de la invasión.—El Asia Menor.—Los eolios en las islas.—Los jonios en la costa.—Gloria de la Jonia.—La Magna Grecia.—Carácter de la conquista dórica.—Triunfo de la oligarquía.—Esparta y Licurgo.

Después de esta gran conmoción, tiembla por largo tiempo el suelo en Grecia y en Asia; violentas sacudidas le estremecen, como dice Veleyo Patérculo. Los primeros movimientos retumbaron en la Helade y se prolongaron desde el Asia hasta Italia. Todo anuncia la tercera época que se prepara; la historia va á trasladarse á estas dos últimas comarcas, porque toda la Grecia no tardó en emigrar allí.

Ya Evandro y los arcadios se establecieron en las orillas del Tíber; Diómedes ha fundado á Argos Hippium; los mesenios, á Metaponte; Filoctetes, á Petilia; Idomeneo, á Salento. Estos son los primeros fugitivos de Troya, y por ellos se cumplió en los pelasgos de Italia el decreto ejecutado por sus padres sobre los de la Grecia.

La unidad que los Pelópidas conquistaron, se rompe á la vuelta de Troya. Orestes, sin duda, vengador de su padre, quiere continuar su dominación, y consigue retener bajo su ley todo el Peloponeso. Mas hé aquí que, bajo su hijo, vienen los dorios y los heráclidas. La raza helénica va á dominar sola en Grecia.

Unidos por la ambición y el interés, los bárbaros y los hijos de Alcides descienden de regiones montuosas, adonde les habían arrojado sus enemigos; se apoderan de la Hemonia, imponiéndole el nombre de Tesalia, mientras que los cadmeos, que volvieron á entrar en Tebas, arruinan la ciudad rival, Orcomene, el último Estado pelásgico del centro.

Dos veces rechazados los heráclidas, á pesar

de sus juramentos y á pesar de sus derrotas, parten con los dorios de la Driópida y se arrojan sobre la isla de Pelope. Toda esta población de pelasgos, egipcios, aqueos, frigios, estaba aparentemente fundida; su reunión no estaba cimentada; al primer ruido de la conquista se deshace. La invasión fué casi un juego. Los heráclidas marchan inmediatamente al centro; el hijo de Orestes, Tisameno, el representante del poder de los Pelópidas, es destronado; todo lo demás se somete.

Los vencedores se dividen el botín; sus hijos dan término á su obra. No hubo más que helenos en el Peloponeso, cuyo nombre subsiste como trofeo de victoria.

Faltaba la Grecia Central, donde el nombre helénico dominaba con dificultad. Los vencidos del Peloponeso completaron la transformación; los eolios de Mesenia pasaron al Atica, donde Codro se sentó sobre el trono de Teseo. Los aqueos de Pelope se arrojan sobre el Egiolo, echando á los jonios que invaden el Atica, y se mezclan con los eolios que acababan de llegar. Esta mezcla de vencidos formó el famoso pueblo de Atenas.

Sin embargo, los dorios querían continuar sus invasiones. Se presentan á las puertas del Atica; Codro se sacrifica; espantados los dorios, huyen y abandonan sus proyectos.

La conquista helénica estaba terminada por los rudos hijos de Dorus; á sus golpes fueron derribados todos los poderes indígenas ó exóticos. El nivel de la barbarie pasó sobre todas





estas diversas comarcas; el nombre de la Grecia fué definitivamente cambiado por el de Helade.

El efecto que produjo esta invasión fué terrible; la esclavitud, la servidumbre, fué la herencia de los vencidos que no emigraron. Hombres aficionados á la guerra, á la caza y glotonas, los germanos del antiguo mundo reducen á escombros las dos terceras partes de las ciudades. En trescientos años la Laconia perdió treinta ciudades de ciento que tenía. «La raza humana pareció que no existía,» dice Estrabon con una especie de terror. Los vencedores destruyen marina y comercio en los Estados de la Grecia Central; entre la guerra de Troya y las guerras médicas, la diferencia en el número de barcos es de mil ciento ochenta y seis á trescientos treinta y uno. Las artes y las letras quedan ahogadas, y apenas en seis siglos la Grecia europea producirá un Tirteo.

Los vencedores se reservan exclusivamente los derechos políticos, el poder y el mando; á los vencidos que no arrojaron ó exterminaron, les dejan algunos derechos civiles y las tierras en arrendamiento. Estos son los montañeses del Atica, los aldeanos de la Argólida, los aqueos de la Laconia; los demás son siervos, llamados *penestes* en Tesalia é *ilotas* en la Laconia. Inspiraba lástima esta condicion de los ilotas, á quienes se les cazaba como si fueran fieras; por eso escribía con dolor el poeta en presencia de este espectáculo desconsolador: «¿Por qué he recibido la vida en la quinta generacion? ¡Quisiera morir cuanto antes ó haber nacido más tarde! (1).»

Y este lamento resonaba tambien en el país extranjero, en el Asia, adonde la Grecia entera parecia haberse desterrado, porque esto tiene lugar en los tiempos de las colonias del Asia Menor, adonde todos los expulsados por la conquista llevan su gloria, sus artes y su libertad. La barbarie se detiene en los campos de la península, pero se ha salvado la civilizacion en los ligeros barcos de los jonios ó vencedores de Troya, yendo á refugiarse en el

(1) Hesiodo, *Las obras y los días*.

hermoso cielo de la Alisia ó en los campos afortunados de la Italia.

Arrojados de la Hemonia, los eolios son los primeros que pasan á la Beocia; y de este puerto de Aulis, donde aparejó la gran flota de Agamemnon, marchan á ocupar las islas de Lesbos, Tenedos, las costas de Alisia y Caria. Esmirna, Enido y Magnesia, fundadas por los eolios, fueron sus principales ciudades, pero se retiraron al presentarse nuevos colonos.

En tanto que los descontentos dorios salen de Argos y de Frezena á la cabeza de los antiguos habitantes y emigran al Asia Menor, pasando por Rodas y Cos, y se establecen en la Caria, los jonios, cansados del papel secundario é insignificante que desempeñaban en el Atica, nombran jefes á los Neleidas y á los hijos de Codro; vuelven á poblar las Cicladas y se apoderan de las costas desde el Hermo hasta la gran ciudad de Mileto. Doce ciudades, entre las cuales se cuentan Focea, Efeso, Colofon, Samos, etc., se reunieron en fraternal confederacion. La Panonia llega á un alto grado de poder, y los demás Estados helenos son dichosos al aliarse á esta unidad formidable, que consagra la religion y defiende la libertad.

El estado del Asia favorecia el acrecentamiento de su fuerza. Reanimado por Alcides y sus aventureros, el reino de Lidia cae pronto en su inaccion; siguió los destinos de Troya conquistadora, y sufrió las consecuencias de su caída. A favor del trastorno producido por esta catástrofe, uno de los descendientes del héroe de Tirintio, Agron, se apoderó de su trono. Semejantes á los normandos de la Edad Media, los heráclidas roban las coronas lo mismo que los tesoros, y se apoderan de los reinos.

Los hijos de Hércules ocupan el trono de Lidia por espacio de quinientos años (1220 á 710).

Al mismo tiempo, en este fértil suelo del Asia, el comercio, la agricultura y las artes toman un rápido vuelo. Mileto, con sus cuatro puertos y cien navios de guerra, reinaba en el Helesponto y mandaba como soberana en el Ponto Euxino, cuyas trescientas colonias le aseguraban su dominacion. El genio de la Grecia pasó las playas de la Jonia; poetas, filósofos, historiadores se disputan á porfía el honor de



ilustrarla. Artista, voluptuosa, comercial, rica en todos los goces y en todos los placeres, goza de la vida, se corona de flores y hace libaciones á los dioses del amor y de la sensualidad, porque ella no debe vivir más que un día.

En estos mismos tiempos la Italia del Sur abría sus puertos á los fugitivos de la Grecia. Los antiguos habitantes son dominados por nuevos advenedizos; la Pelasgia meridional abre paso á otra Helénica: fuerza, comercio, civilizacion, artes, toman un rápido y grande desenvolvimiento.

Brindis, Regium, Sibaris, Crotona (710), etc., estuvieron á la cabeza de esta nueva sociedad. ¡Dichosas ellas si hubieran conservado largo tiempo la sábia moderacion y la union fraternal que aseguraban su perpetuidad! Pero el lujo y la corrupcion, estos dos males incurables del espíritu griego, no tardaron en invadir la «Gran Grecia,» y entonces se suceden las guerras, las divisiones y las ruinas de ciudades y de imperios.

Libaris y Crotona ponian en pié de ejército cien mil hombres de una y otra parte. La individualidad sustituyó á la confederacion, y á pesar de las legislaciones de los sábios y de las precauciones de los gobiernos, la Grecia italiana caerá bien pronto bajo el yugo de la Sicilia, que como colonia griega, tambien se engrandeció y se fortificó durante la decadencia de sus hermanas del otro lado del estrecho. Su historia quedará confundida con la de la península helénica, que á duras penas logró salir de los tiempos de barbarie.

La conquista septentrional estaba allí terminada. Esclavitud por parte de los vencidos y dominacion por la de los vencedores, tal fué el primer efecto de la invasión; pronto dará otros frutos.

En tanto que la lucha duraba, los jefes de la guerra, en virtud «de la ley despótica,» como dice Aristóteles, habian ejercido sobre sus soldados una autoridad absoluta. Derecho de vida y muerte ejercian bajo el poder de las armas, como sucedió más tarde entre los francos. Pero una vez obtenidas las victorias, Tebas y Atenas son las primeras en desembarazarse de la inútil carga de la autoridad real.

La revolucion se hace en provecho de la aristocracia. Los demás pueblos luchan con la anarquía entre las pretensiones de muchos sin freno, entre la opresion de los grandes, de los «antiguos,» de los «mejores» (gerontes aristai) y entre la fuerza activa del trono que tiende al absolutismo. Casi por todas partes los reyes habian triunfado; pero abusaron de su triunfo, y esto fué su perdicion. En ménos de un siglo, entregada toda la Grecia á sus instintos, se hace republicana sobre los restos de sus monarquías. Esparta apenas ha conservado el trono, pero el poder sometido á los «eforos» no es más que un gobierno puramente militar.

En la decadencia de la monarquía, la aristocracia habia trabajado por su cuenta. Los «mejores,» que son sobre todo los más fuertes, los hombres de á caballo reinan entre ellos sobre la multitud que ellos desprecian y espantan. Los Empatridas en Atenas, la familia de los Bakiades en Corinto, los hipobrotas en Eubea, los caballeros de la Tesalia y de Tebas, los nobles de Megara y de Esparta, se apoderan del gobierno y de las tierras. Los pobres y el bajo pueblo se hacen los arrendatarios de los poderosos, sus pastores, sus colonos y sus mercenarios; y continuamente se veia á estos desgraciados obligados á vender sus hijos ó á huir como esclavos lejos de su patria.

Esta oligarquía no podia durar mucho tiempo siendo tan intolerable. Además, la necesidad de constituirse sobre sólidas bases, se iba haciendo sentir en la Grecia.

Esparta tomó la iniciativa, y bien presto ofrecerá el singular espectáculo de dar á un hombre el encargo de establecer sus costumbres, su estado, sus leyes y sus instituciones. Atenas seguirá su ejemplo, y las dos naciones serán el preludio de la rival influencia que deben ejercer sobre toda la Grecia.

Los dorios acampados en el Peloponeso eran los dueños; quisieron consolidar su poder. Desde luego concedieron á los laconios igualdad de derechos políticos, desembarazándose de los antiguos habitantes, enviando cuatro grandes colonias, reclutadas entre ellos, para poblar el territorio de Egiolo y la isla de Calisto. No teniendo ya nada que temer de es-





tos enemigos, retiran á los laconios sus primeras concesiones, y si estos llegan á rebelarse contra ellos, los reducen á la condicion de ilotas, último grado de la miseria. En cuanto á los conquistadores, los espartanos guerrean contra sus vecinos de Argos; pero las disensiones intestinas hacen caer las armas de sus ma-

nos, pues la anarquía habia sucedido á la conquista.

Poco despues desaparece el trono; los grandes tiranizan al pueblo; Licurgo va á salvar el Estado. Descendiente de los vencedores, dorio de origen, trabaja por establecer una dura y rigurosa aristocracia.

Los espartanos se dedican á la guerra, y sus leyes son tan severas, que los niños desde la infancia se educan en el campo, y se acostumbra á ellos desde muy temprano á sufrir el hambre, el frío, y el cansancio.

Los espartanos se dedican á la guerra, y sus leyes son tan severas, que los niños desde la infancia se educan en el campo, y se acostumbra á ellos desde muy temprano á sufrir el hambre, el frío, y el cansancio.

Los espartanos se dedican á la guerra, y sus leyes son tan severas, que los niños desde la infancia se educan en el campo, y se acostumbra á ellos desde muy temprano á sufrir el hambre, el frío, y el cansancio.

Los espartanos se dedican á la guerra, y sus leyes son tan severas, que los niños desde la infancia se educan en el campo, y se acostumbra á ellos desde muy temprano á sufrir el hambre, el frío, y el cansancio.

Los espartanos se dedican á la guerra, y sus leyes son tan severas, que los niños desde la infancia se educan en el campo, y se acostumbra á ellos desde muy temprano á sufrir el hambre, el frío, y el cansancio.

nos, pues la anarquía habia sucedido á la conquista.

Poco despues desaparece el trono; los grandes tiranizan al pueblo; Licurgo va á salvar el Estado. Descendiente de los vencedores, dorio de origen, trabaja por establecer una dura y rigurosa aristocracia.

Los espartanos se dedican á la guerra, y sus leyes son tan severas, que los niños desde la infancia se educan en el campo, y se acostumbra á ellos desde muy temprano á sufrir el hambre, el frío, y el cansancio.

Los espartanos se dedican á la guerra, y sus leyes son tan severas, que los niños desde la infancia se educan en el campo, y se acostumbra á ellos desde muy temprano á sufrir el hambre, el frío, y el cansancio.

Los espartanos se dedican á la guerra, y sus leyes son tan severas, que los niños desde la infancia se educan en el campo, y se acostumbra á ellos desde muy temprano á sufrir el hambre, el frío, y el cansancio.

Los espartanos se dedican á la guerra, y sus leyes son tan severas, que los niños desde la infancia se educan en el campo, y se acostumbra á ellos desde muy temprano á sufrir el hambre, el frío, y el cansancio.

Los espartanos se dedican á la guerra, y sus leyes son tan severas, que los niños desde la infancia se educan en el campo, y se acostumbra á ellos desde muy temprano á sufrir el hambre, el frío, y el cansancio.

Los espartanos se dedican á la guerra, y sus leyes son tan severas, que los niños desde la infancia se educan en el campo, y se acostumbra á ellos desde muy temprano á sufrir el hambre, el frío, y el cansancio.

Los espartanos se dedican á la guerra, y sus leyes son tan severas, que los niños desde la infancia se educan en el campo, y se acostumbra á ellos desde muy temprano á sufrir el hambre, el frío, y el cansancio.

Bibli.